Historia de la música

Eduardo Rescigno

Director

61
Beethoven, la vida y el arte



IN OCTAVO

2026

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Eduardo Rescigno
Director

Beethoven, la vida y el arte

Historia de la música
61



IN OCTAVO
2026

Noticia

La música es la manifestación más libre y genuina del espíritu humano, y una historia de la música es una historia del espíritu humano. La música no registra ideas ni creencias ni valores, sino que expresa, en todo caso, las emociones, los sentimientos y las pasiones que esas ideas, creencias y valores suscitan. No es posible una música realista ni una música idealista, no es posible una música de izquierda o de derecha, una música de élite y otra popular. La música es música, y las etiquetas sólo tienen propósito comercial. En su prehistoria, la música nace "realista", cuando el hombre imita con la voz o con instrumentos rudimentarios los sonidos de la naturaleza. Pero pronto se independiza, levanta vuelo, se mantiene en el aire sostenida por el viento del espíritu y se mece al compás de sus movimientos, expresando la alegría y el dolor de vivir, proclamando la necesidad de amar y de orar, dando cauce al impulso de cantar y de bailar, estallando en la solemnidad de la pompa y el torbellino del combate. Dibuja así una parábola que nace en la desoladora orfandad del hombre primitivo, se eleva con su desarrollo espiritual, y desemboca en la igualmente desoladora orfandad del hombre contemporáneo, cuando parece quedar sin sustento, gritando su agonía en la estridencia de la electrónica, desprovista de esas emociones, sentimientos o pasiones que son su materia y razón de ser.

La obra que aquí presentamos cuenta esa historia. Fue comisionada y publicada en Italia en la década de 1960 por la casa Fratelli Fabbri Editori, y traducida para el mundo de habla castellana por la Editorial Codex, de Buenos Aires. En ambos casos, se la presentó en fascículos, una novedad editorial de la época que permitía ofrecer grandes obras de divulgación o referencia en tiradas masivas comparables a las de una revista. El proyecto de los Fabbri fue realmente ambicioso: la redacción estuvo a cargo de un grupo de especialistas encabezado por el musicólogo Eduardo Rescigno; se hizo un acopio sin precedentes de documentación de época, artística y literaria, y el conjunto se presentó en una obra de una belleza gráfica revolucionaria, que no ha decaído con el tiempo. Como si eso fuera poco, se la acompañó de documentos sonoros, con grabaciones en buena parte originales, que ilustraban cada etapa, cada género, cada estilo y cada figura relevante de esa historia.

La publicación de Fabbri constaba de trece volúmenes, de los cuales Codex tradujo los diez primeros, que reunió en cinco tomos. Esta edición digital se propone recuperar el texto central de esa versión castellana, completar la traducción, y repartir el conjunto en unidades temáticas para facilitar la lectura en dispositivos electrónicos.

El editor

Condenado a una soledad que fue su tormento pero, al mismo tiempo, la medida de su grandeza, Beethoven escribe páginas en las que la voz de la desesperación y la del heroísmo se plasman en acentos de una originalidad desconcertante.

Beethoven, la vida y el arte

Un "segundo Mozart" – "Sería el dueño del mundo" – La "amada inmortal" "Esa gente me conoce" – El fin

Un «segundo Mozart»

VEINTIDÓS AÑOS, un rostro obstinado, surcado ya bajo los profundos ojos oscuros, una cabellera hirsuta y revuelta, cuello fuerte y anchos hombros, una gran corbata que desborda la solapa desordenada, un brillo inquieto en la mirada: el jovencito de Bonn no es precisamente un gentilhombre a la moda, en la Viena despreocupada y galante de Francisco II.

Cada vez que, silenciosamente, se encarama por la empinada escalera que conduce a su buhardilla, los vecinos lo observan con curiosidad; hay un no se sabe qué de extraño en su aire amable y a la vez esquivo, en el pliegue profundo que cruza su frente, incluso cuando permite que una sonrisa bondadosa le ilumine el semblante.

A sus veintidós años, en verdad, la vida le ha proporcionado ya numerosos motivos de dolor: la muerte de su madre cuando él era aún adolescente; la convivencia en un desolado desván con su padre, eternamente borracho, que se pasaba el día jurando

y maldiciendo; y, después de la muerte de éste, dos hermanos pequeños que mantener, Dios sabe de qué manera, con los escasos florines que pasan por sus flacos bolsillos. No es una vida fácil la suya, y sólo en la música y en los felices recuerdos de la infancia logra encontrar algún consuelo.

En la ciudad de Bonn, junto a las verdes orillas del Rin, multitud de chiquillos jugaban al sol en los días templados de la primavera. Ludwig y su pequeña alumna de piano, Eleonore *Lorchen* von Breuning, corrían por los prados, hablaban de música y de poesía a la sombra de las hayas, leían a Shakespeare y a los grandes y entrañables poetas alemanes: Goethe y Schiller. Juntos miraban los reflejos de las hojas en el agua, los juegos de las nubes infladas y blancas, de extraños contornos, suspendidas en el alto azul; y luego los crepúsculos, que hacían triste la vuelta a casa, en la perfumada tibieza del bosque. «Mi patria, la hermosa región donde vi la luz del mundo, está presente en mí siempre, clara y limpia», escribe Ludwig desde Viena, muchos años después, a su amigo Wegeler.[1] Y también: «Nadie puede amar el campo como yo lo amo. ¡Oh! Los bosques, las plantas, las rocas ofrecen al hombre, incluso, el eco que necesita.»

Este eco tiene raíces profundas en su corazón, junto con la eterna nostalgia de las verdes orillas del Rin, pero es preciso permanecer en Viena, en

1 Franz Gerhard Wegeler (1765-1848) Médico alemán, amigo de la infancia de Beethoven, su confidente de toda la vida, y biógrafo del compositor luego de su muerte.

donde hay ciertas esperanzas de salir adelante. Hace cinco años, el gran Wolfgang Amadeus Mozart había exclamado, al oírle tocar: «No perdáis de vista a este muchacho, pues dará mucho que hablar.» Y cuando sólo contaba once años, escribieron de él: «A este pequeño genio valdría la pena hacerle viajar. En verdad que, si sigue por el camino que lleva, llegará a ser otro Wolfgang Amadeus Mozart.»

Llegado a Viena en noviembre de 1792, este "segundo Mozart" comienza una dura lucha por la subsistencia, con el único consuelo de saberse apreciado por su maestro, el célebre Haydn, el cual, sin embargo, agobiado de compromisos, no puede dedicarse con demasiada asiduidad a la educación musical de su discípulo. Ludwig se pasa los días sentado al piano, en una buhardilla muy fría en invierno y sofocante en verano, acumulando sobre la mesa páginas y páginas de papel pautado, llenas de signos musicales.

Sólo de cuando en cuando, al atardecer, busca un poco de reposo paseando por la Avenida de los Suspiros. En el jardín, junto a las caballerizas del rey, hay mesas donde sirven refrescos, frecuentadas por personas elegantes, graciosas damas, con sus abanicos y sombrillas; y también los cuarteles de los granaderos, con sus espléndidos uniformes blancos; y avenidas de álamos en largas filas verdes; pero incluso pasear entre tanta gente feliz resulta triste cuando no se tiene una casa ni nadie a quien amar, y todos los amigos están lejos. Todo cuanto le recuerda su querida Bonn le conmueve.

«¡Admiradísima Eleonore! ¡Mi queridísima amiga! —escribe a su antigua alumna— me atrevo a dirigirle un ruego: me haría muy feliz si pudiese enviarme un chaleco de punto hecho por usted, querida. Perdone a este su amigo la osadía de tal petición, que nace de la preferencia que siento por todo lo que sale de sus manos...»

Y al enviarle su amiga una corbata: «La linda corbata que usted me ha hecho —escribe— por más que me ha gustado, me ha entristecido; no crea que exagero si le digo que ayer su recuerdo me ha hecho llorar...». A cambio de la corbata, mandaría a su discípula variaciones y un rondó para violín, excusándose por la pobreza del regalo...

Pero este lado apasionado y romántico de su naturaleza profundamente bondadosa y emotiva, ligada siempre tiernamente a los recuerdos de cosas y personas queridas, contrasta con ciertas actitudes y facetas de su carácter, curiosamente violento y de un rigor moral que ha sido con justicia calificado de *titánico*. Todos sus amigos conocen bien sus repentinos accesos de cólera, su indómita rebeldía, sus maneras a menudo desconcertantes, debidas a una falta absoluta de consideración hacia los formalismos de la vida mundana.

Una vez, en la mesa, por divergencias de opinión con uno de los von Breuning, sobre cierta cuestión trivial relativa al desahucio de una casa, perdió hasta tal punto la calma que se levantó violentamente haciendo caer la silla, salió de la casa y dejó planta-

do a todo el mundo. «Tengo la virtud —escribe él mismo en una carta en la que comenta el episodio— de saber esconder mi sensibilidad en muchísimas cosas, pero si me irritan en un momento en el que esté propenso a la cólera, entonces estallo con más ímpetu que nadie. Breuning ... tiene un espíritu mezquino que yo siempre he despreciado...»

Casi todos los biógrafos más cercanos a él lo han descrito como un individuo brusco, impetuoso, desconcertante, sobre todo, en los momentos de inspiración. Kloeber ha notado con particular viveza la impresión que la fisonomía de Beethoven suscitaba en los momentos en que el maestro se ponía a tocar o a componer: «Los músculos de su rostro se destacaban, se le hinchaban las venas, sus ojos felinos se hacían doblemente terribles, su boca temblaba; parecía un mago, poseído por los demonios que él mismo había evocado».

Como buen renano, no siente una gran simpatía por los vieneses, que le parecen excesivamente superficiales. En una carta al editor Simrock, ironiza: «Han encarcelado a individuos importantes; corre la voz de que la revolución está a punto de estallar. Pero yo no creo que el vienés se subleve, mientras disponga de cerveza negra y salchichas.»

En la misma carta, fechada el 2 de agosto de 1794, explica a Simrock que ha encontrado un apoderado, y le ruega que para todas las cuestiones de negocios se dirija a éste. «¡Que el diablo entienda vuestros trapicheos!», añade.

Sobre este asunto de los *trapicheos*, Ludwig insistirá en muchas otras ocasiones a lo largo de su vida, pues siempre fue muy intolerante e impaciente frente al hecho de tener que comerciar para vivir. «A propósito del pago —escribe en enero de 1801 al editor Hofmeister— son setenta ducados por cuatro obras; a cuánto puede ascender en táleros de oro, ni lo sé ni me importa, porque soy un pésimo comerciante y no valgo nada como contable. Y así terminamos ya con esta amarga historia. Digo esto porque me gustaría que las cosas fuesen de otro modo. En el mundo debería existir un único *Almacén de Arte*, en el que los artistas depositasen sus obras, retirando, a cambio, lo que necesitasen. En lugar de ello, tenemos que ser medio comerciantes, y la situación, lo repito, es muy amarga...»

La carta nos descubre al hombre, al menos tanto como aquélla otra en la que, siete años después, explicaba a su querido Wegeler los motivos por los cuales se regocijaba del éxito que por fin comenzaba a sonreírle: «No me va del todo mal... para cada cosa que escribo encuentro siete editores, y más, si quiero; conmigo ya no se discute: yo a pedir, y ellos a pagar. Como ves, la situación es muy halagüeña; si me entero, por ejemplo, de que un amigo se encuentra en un apuro y mi bolsa no me permite ayudarle de inmediato, con sentarme a trabajar un poco le soluciono el problema». El espectro de la miseria parece vencido, pero Beethoven se alegra, sobre todo, por poder ayudar...

Al fin, ha logrado ser conocido y apreciado; escribe, y su música se vende; parecen haber pasado los peores momentos. Pero Ludwig se ha vuelto aún más extraño; él, antes tan cordial y atento con los amigos, incapaz de una descortesía injustificada, ahora, cuando encuentra conocidos por la calle, a menudo finge no verlos, vuelve la cabeza, acelera el paso. A todos les asombra, pero, a fin de cuentas, como siempre se le ha considerado un poco extravagante, esto parece una nueva rareza.

Sólo su buen amigo Karl Amenda [2] conoce, con dolor, su situación, por una carta del 1 de junio de 1801; y, el 29 de junio, Beethoven comunica la triste noticia a Wegeler: desde hace tres años, se ha debilitado enormemente su oído y lucha contra la desesperación, aferrándose a las pocas ilusiones que aún le quedan.

2 Karl Ferdinand Amenda (1771-1836), violinista, músico y pastor báltico, conoció a Beethoven en Viena, y fue su amigo y confidente.

«Sería el dueño del mundo»

«LOS OÍDOS me silban y me zumban continuamente, de día y de noche —dice Beethoven en la carta a Wegeler—. ¡Si tuviese otra profesión, otra cualquiera, no sería tan grave, pero para mi trabajo esta situación es terrible...! En el teatro tengo que ponerme justo al lado de la orquesta para poder oír a los actores. Si estoy un poco más lejos, ya no percibo los tonos agudos, ni de los instrumentos ni de las voces. Me cuesta oír si se me habla en voz baja, y, por otra parte, no soporto que se me grite. ¡Sólo Dios sabe cómo acabará esto!»

A partir de ahora, y hasta su muerte, este hombre, obsesionado por el deseo de elevarse a las más puras regiones del espíritu, incapaz de aguantar cualquier atadura que pudiese cortar las alas a su sed de belleza y de infinito, habría de luchar contra un pobre cuerpo enfermo, que los médicos no se cansan de torturar sin conseguir sanarlo.

«Estoy continuamente afligido por un trastorno intestinal que me produce gran debilidad —explica en la misma carta a Wegeler—. Franck [3] quería fortalecerme a base de reconstituyentes, y curarme los oídos con aceite de almendras, pero *prosit*, ¡ningún resultado! Es más, el oído ha empeorado y el intestino sigue como antes.»

Le aconsejan tratamientos absurdos, y se somete a todos ellos: «Un "asinus" me ha sugerido baños fríos; otro, más inteligente, baños templados de agua del Danubio...». Vering, famoso cirujano en quien Beethoven tiene gran confianza, confirma también la extraña terapéutica: baños templados del Danubio. E incluso una esencia para echar en el agua, y píldoras para el estómago, y un líquido para los oídos, y hasta vesicantes, que llegaban a paralizarle el brazo sobre el que se aplicaban, así como fomentos de hierbas medicinales en el vientre. Es un verdadero muestrario de todos los increíbles remedios que en aquella época los médicos prescribían y los pobres pacientes aceptaban. ¿Resultados? «El zumbido y el estruendo han disminuido —escribe Beethoven— pero, desde luego, el oído no ha mejorado; casi diría que, por el contrario, se me ha debilitado aún más...»

Por desgracia, esto era cierto; su sordera, lenta pero inexorablemente, se iba agravando. El inglés Russell nos ha dejado en sus recuerdos de viaje una conmovedora descripción de cómo Beethoven, senta-

3 Peter Franck, director de una casa de reposo de Viena.

do al piano, iluminado su rostro por la emoción, rozaba apenas las teclas esforzándose por obtener *pianissimos*, con el resultado de no producir sonido alguno; es difícil imaginar lo penoso de aquellos silencios a los que Ludwig, en medio de un público mudo e inmóvil, permanecía completamente ajeno.

En mayo de 1824, una cantante tuvo que tomarlo por los brazos y volverlo hacia el público, que lo aclamaba, para que se diese cuenta de los aplausos atronadores y de los gritos de admiración que todo el teatro le estaba dirigiendo…

Pero la más trágica revelación de los terribles efectos del mal que lo aquejaba se remonta a una representación del *Fidelio*, en 1822. Así la describe Schindler, uno de sus amigos y biógrafos: «Beethoven pidió dirigir el ensayo general... Desde el dúo del primer acto, se vio claro que no era capaz, en absoluto, de oír lo que cantaban en el escenario. Retrasaba los movimientos, y mientras la orquesta le seguía, los cantantes andaban cada cual por su lado. Se produjo una confusión general, y el director titular, Umlauf, ordenó un descanso. Se dieron algunas instrucciones a los cantantes y se reanudó el ensayo. El desorden volvió a producirse y fue preciso hacer una nueva pausa. Era evidente que no se podía continuar bajo la dirección de Beethoven. Pero, ¿cómo explicárselo? Nadie tenía el valor de decirle: "Retírate, pobre infeliz, ¡ya no puedes dirigir!" Beethoven, inquieto, miraba hacia todas partes, escrutaba el semblante de los presentes, tratando de compren-

der de dónde procedía la dificultad: silencio por doquier. Por fin, me llamó con decisión, y me tendió su cuaderno haciéndome señas de que escribiese. Puse: "Te ruego que no continúes dirigiendo. Luego, en casa, te explicaré el porqué." Entonces, Beethoven salió corriendo hacía la platea gritando: "¡Vámonos inmediatamente!" Hizo a todo correr el camino hasta su casa y, una vez allí, se abandonó sobre un diván y, cubriéndose la cara con las manos, permaneció así hasta la hora de comer. En la mesa no hubo forma de hacerle hablar ni de borrar de su semblante aquella expresión de dolor y desfallecimiento. Después de comer, me pidió que me quedase con él un poco más. Por fin, a la hora de despedirnos, me rogó que lo acompañara cuando fuese a ver a su médico, famoso especialista de oídos... No recuerdo ningún momento de la vida de Beethoven tan triste como aquel fatal día de noviembre. Le había afectado profundísimamente y vivió hasta la hora de su muerte bajo la impresión de aquella terrible escena.»

Todo él se rebela ante su penosa tara: una implacable sed de vida, una naturaleza apasionada e indomable, una salvaje necesidad de afirmar su propia grandeza a través de sus obras. «Oh, sin esta dolencia, sería el dueño del mundo —escribe en sus cartas—. Mi juventud, sí, lo noto, empieza sólo ahora... No conozco más descanso que el del sueño, y lamento, incluso, tener que concederle demasiado tiempo... Quiero aferrar mi destino por el cuello; no estoy dispuesto, de ninguna manera, a dejarme vencer por él. ¡Oh, es tan bello vivir mil veces la vida!»

Es suficiente que su entusiasmo por la vida y sus esperanzas en su destino de artista sean ligeramente rozados por la desgracia, para que se alce en armas contra ella. Y en verdad que supo "aferrar por el cuello" al destino y templarlo al fuego de su grandeza moral, empuñando, a la vez, la suerte adversa como un arma forjada por la incontenible potencia del genio. «¡A la felicidad a través del sufrimiento!», escribe a la condesa Erdödy, en octubre de 1815. En este heroico propósito, se centra toda la historia de su vida, la vida que él habría querido vivir "mil veces" y que, en cambio, le había de proporcionar tanto sufrimiento y soledad.

Su temperamento fogoso, su ternura de corazón, la gran necesidad de afecto, aumentan su infelicidad y lo inflaman de sentimientos que ninguna mujer sabría realmente comprender y recompensar.

La “amada inmortal”

A LOS TREINTA años, Ludwig piensa, quizá por vez primera, en el matrimonio como realización de un sueño. Da clases de piano a una “querida y encantadora muchacha” de quince años, Giulietta Guicciardi, hija de un consejero de la corte. Las clases son tormentosas, pues Beethoven se muestra extremadamente exigente “hasta que se encuentra la expresión justa”, y cuando la “expresión” no aparece, las hojas, a veces hechas trocitos, empiezan a volar por el cuarto. A la alumna no le acepta el pago en dinero, sino en ropa, a condición de que sea ella misma quien se la confeccione.

Para esta joven, que luego preferiría el título nobiliario del conde R. von Gallenberg a la apasionada devoción de Ludwig, nace la sonata en Do sostenido menor quasi una fantasia (Op. 27), impropiamente llamada *Sonata del claro de luna*. A Teresa de Brunswick y a Josefina Deym, primas de Giulietta,

Ludwig les dedica, en 1802, una *Sonata para piano a cuatro manos*, con variaciones, sobre una lírica de Goethe. «Pienso en ti —dicen los versos— cuando veo brillar la luz del sol; pienso en ti cuando la luz de la luna juega con las fuentes... Estoy contigo; por lejos que estés, siempre estás a mi lado. El sol se esconde; pronto brillarán a mis ojos las estrellas. ¡Oh, si estuvieses aquí!»

No se ha podido saber con certeza si Ludwig se dirigía en la poesía a una de las dos jóvenes, ni a cuál de ellas más probablemente. De la misma manera, tampoco se ha podido descubrir el nombre de la mujer, la *amada inmortal*, para quien escribía:

«6 de julio, mañana.[4] Mi ángel, mi todo, mi yo, sólo unas palabras hoy, con un lápiz (el tuyo) ... ¿Cómo es posible que tú no seas toda mía y yo todo tuyo? ¡Ah, Dios mío! Mira cuán bella es la naturaleza, y da paz a tu alma por lo que es inevitable. El amor lo exige todo, y con todo derecho. Eso siento yo hacia ti, y tú hacia mí. Pero tú olvidas con demasiada facilidad que yo he de vivir para mí y para ti. Si pudiésemos estar completamente unidos, los dos sentiríamos menos este sufrimiento…

«Lunes noche, 6 de julio. Tú sufres, amadísima mía. Me acabo de enterar de que hay que echar las cartas por la mañana temprano, los lunes y los jueves, únicos días en que funciona el correo entre ésta

4 La fecha de estas tres cartas no es segura: se creyó primero que habían sido escritas en 1800; investigaciones más recientes, en cambio, hacen pensar que son de 1812.

y K. 5 ¡Tú sufres! Ah, donde yo estoy, estás tú conmigo; yo te hablo y tú me hablas. ¡¡¡Qué vida!!! Así, sin ti. ¡Y si pienso que soy un todo con el universo, y lo que yo soy y lo que es Él... que se llama el más Grande! Y, a pesar de ello —en esto consiste la naturaleza divina del hombre—; lloro cuando pienso que no recibirás noticias mías acaso hasta el sábado. Por mucho que me ames, más te amo yo. No te escondas nunca ante mí. ¡Buenas noches! Como bañista, es necesario que vaya a dormir. ¡Ah, Dios, tan cerca! ¡Tan lejos! ¿No es un verdadero edificio celestial este amor nuestro? Y, además, es tan sólido y firme como la cúpula del cielo.

«Buenos días, 7 de julio. Desde la cama, mi pensamiento corre ya hacia ti, mi inmortal amada, por aquí, por allá, feliz y luego triste, preguntándose si el destino nos escuchará. He de vivir absolutamente separado de ti y enteramente contigo. He decidido convertirme en vagabundo hasta que no pueda vivir entre tus brazos, estar contigo para siempre, hasta que mi alma, envuelta por la tuya, ascienda al reino de los espíritus. Sí, ay de mí, así ha de ser. Conocer mi fidelidad hacia ti, te infundirá valor. Mi corazón jamás podrá ser de otra. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Hoy — ayer— qué dolorosa necesidad de llorar por ti - tú - tú - mi vida - mi todo! ¡Adiós! ¡Oh, sigue amándome! No dudes nunca del fidelísimo corazón de tu amado Ludwig.

5 Se trata, muy probablemente, del castillo de Korompa, en Hungría, residencia de la familia Brunswick, donde Beethoven estuvo invitado en más de una ocasión.

Eternamente tuyo
eternamente mía
eternamente unidos.»

Su corazón es una tempestad de sentimientos que logran aplacarse sólo naufragando en la música, persiguiendo el sueño de un amor puro y sublime. «¡Por más que tú me puedas amar, yo te amo con más fuerza! Pero no te me escondas nunca», escribe Beethoven a esa imagen femenina que durante toda la vida anduvo buscando entre las mujeres que conoció.

Cabe suponer que la *amada inmortal* fuese Teresa Brunswick, puesto que estuvo, durante algún tiempo, prometida a Ludwig. Se sabe que Teresa le había regalado un retrato con esta dedicatoria: «Al genio sin igual, al gran artista, al hombre bueno. T. B.». Un amigo lo sorprendió un día abrazado al retrato y llorando, mientras repetía: «¡Eras tan bella! ¡Tan buena como los ángeles!». Y la misma Teresa contó: «Un domingo, por la noche, después de cenar, y a la luz de la luna, Beethoven se sentó al piano. Al principio, se limitó a rozar el teclado; Francisco y yo sabíamos que siempre empezaba así. Después tocó algunos acordes en las notas bajas y, por fin, lentamente, con misteriosa solemnidad, tocó el canto de Johann Sebastian Bach: [6] "Si quieres entregarme el corazón, hazlo a escondidas, para que nadie pueda adivinar nuestro secreto pensamiento." Mi madre y el párroco se habían dormido, mi hermano permane-

6 La llamada *Aria de Giovannini* del álbum de Ana Magdalena.

cía serio mirando ante sí, y yo, subyugada por su canto y por su mirada, sentía la vida en toda su plenitud. A la mañana siguiente, nos encontramos en el parque. El me dijo: "Estoy haciendo un trabajo. Lo tengo dentro de mí, ante mí, va conmigo donde yo voy. No he estado nunca a tal altura. Todo es luz; pureza, claridad... En mayo de 1806 nos prometimos, sólo con el consentimiento de mi querido hermano Francisco.»

De las palabras de la joven se desprende el atractivo que Ludwig producía también como hombre, a pesar de su físico demasiado robusto, de la sordera que le afligía y de su difícil carácter... «La primera vez que lo vi —escribió de él Bettina Brentano a Wolfgang Goethe— desapareció para mí el universo entero. Beethoven hizo que me olvidase de todo, de ti mismo, Goethe... Creo no equivocarme si digo que este hombre va muy por delante de nuestra civilización...»

La identificación de Teresa con la *amada inmortal* no es segura, entre otras cosas porque Beethoven envolvió en el mayor de los secretos el nombre de la destinataria de la famosa carta. Pero dar un nombre y un rostro a la mujer nada añadiría a lo que las palabras nos revelan, por sí solas, sobre el corazón de este hombre, tan grande como infeliz en su aspiración exclusiva a lo sublime.

«Esa gente me conoce»

COMO BACH, Beethoven fue hombre de sentimientos purísimos, inflexible en el rigor moral de la conciencia. Como aquél, y como Mozart, es obstinadamente altivo frente a los poderosos, consciente de toda su dignidad de artista. «Sólo la virtud puede hacernos felices, y no el dinero», escribe a sus hermanos en la carta del 6 de octubre de 1802, considerada como su testamento espiritual. De 1812 es una breve frase que sintetiza su ideal de sencillez y de humanidad: «No conozco otro signo de superioridad que el de ser buenos».

No hay en él ninguna hipocresía, ningún compromiso, nada *tibio*. Encendido idealista, no se preocupa por esconder sus opiniones, ni siquiera a propósito de cuestiones sociales y políticas. Mientras lo considera un héroe, no oculta su entusiasmo por Bonaparte, y, cuando se vienen abajo sus ilusiones sobre el gran corso, no vacila en expresar claramente su decepción y su desprecio por el tirano. No le importa

decir en voz alta lo que piensa, ni por la calle ni en el café, lo que produce situaciones violentas entre quienes lo acompañan.

La policía austríaca no sabe qué hacer con un hombre tan famoso, al que no es posible reducir al silencio, por ser demasiado apreciado universalmente como para que se le pueda acusar de delitos políticos, aunque sea un ciudadano incómodo y agitado como pocos. Lo vigilan, pero no se atreven a tocarlo. «Su talento me ha sorprendido, pero desgraciadamente tiene una personalidad irreductiblemente rebelde —escribe de él Goethe—. Sin duda, tiene razón al considerar que el mundo es *detestable*, pero con ello no contribuye a hacerlo más alegre, ni para sí mismo ni para su prójimo».

Un día, estando Ludwig con Goethe, pasan en carroza la emperatriz, el archiduque y las princesas. Goethe, tras quitarse el sombrero, hace una reverencia al paso de la carroza; Beethoven, sombrero calado hasta los ojos, permanece impertérrito con las manos a la espalda. La emperatriz lo saluda y es el archiduque quien se descubre en primer lugar. Ludwig dice a Goethe, a modo de lacónico comentario: «Esa gente me conoce...».

Beethoven no perdonó nunca a Goethe sus actitudes mundanas y su complacencia por la admiración de los demás. En cierta ocasión, durante un paseo, el gran poeta se lamentó del gran número de gente que a cada momento lo saludaba; Ludwig, con una ironía entre cortés y punzante, lo tranquilizó:

«No se preocupe, excelencia, ¡puede que incluso me estén saludando a mí!» A pesar de que recíprocamente se admiraban, nunca fue posible una verdadera amistad entre el espíritu equilibrado del poeta y el fuego intransigente y rebelde que siempre animó a Beethoven.

La intransigencia de Beethoven se muestra de modo particular cuando se trata de su música: no tolera la mínima licencia, y cualquier imperfección en la ejecución de sus composiciones lo saca de sus casillas. «¿Será posible que todos los *pp*. [7], los *crescendo,* los *decrescendo*, los *forte* y los *ff*. [8] hayan de ser barridos de mi obra? —se indigna en una carta—; ¿que ninguno de ellos se ejecute? Se le quitan a uno todas las ganas de escribir, cuando le pasan cosas como éstas». Al editor Breitkopf le escribe asimismo: «¡Errores! ¡Errores! ¡Usted mismo no es más que un error! Aquí tengo que mandar a mi copista, allá me veo obligado a acudir en persona..., si quiero que mis obras no parezcan un puro error...»

Cuando compone, se pierde en su mundo, en donde se olvida de todo y de todos. Un día, paseando en Dobling con su alumno Ries [9], empieza de improviso a canturrear en voz baja una serie ininteligible de notas y, súbitamente, apresura el paso hacia su casa. Ries, movido a curiosidad, le pregunta el por-

7 *pp.*: pianissimo.

8 *ff.*: fortissimo.

9 Ferdinand Ries (1784-1838), compositor alemán, alumno, amigo y secretario de Beethoven; colaboró en la biografía del músico escrita por Wegeler.

qué de tanta prisa: «Calla, calla —responde Beethoven—. Se me acaba de ocurrir el motivo del *allegro* de mi última sonata.» Llegado a casa, se sienta al piano sin despojarse siquiera del gabán y del sombrero. Durante más de una hora, se escuchan sonidos, quizá de los más bellos de su música inmortal : ha nacido el *allegro* de la *Apasionada*. Ries, que está esperando en un rincón, ha quedado totalmente olvidado. Beethoven, cuando por fin se levanta del piano, se asombra de encontrarlo allí. «Hoy no puedo darle clase —se excusa—. He de trabajar aún...».

Su carácter tiene mil y mil facetas inesperadas, contradictorias y singulares. Curiosas e incomprensibles son, sobre todo, sus extrañas flaquezas. Este gigante, que alcanza cada día las más altas cimas accesibles al espíritu humano, castiga a la cocinera cuando no acierta con sus platos favoritos («No le pegues —le escribe un amigo en el cuaderno de conversaciones—. Podrías tener problemas con la policía»); destila el café en un alambique de vidrio; estampa contra las paredes de la casa los huevos porque, en su opinión, no están suficientemente frescos; y un día hasta amenaza, blandiendo una silla, al príncipe Lichnowsky, su protector. A veces, anda por las calles como un pordiosero, con el frac deformado y mugriento, gesticulando solo.

La enfermedad exacerba, día a día, su impulsividad incontrolada, y las crisis de depresión y melancolía, siempre latentes en él. Inquieto, ora busca las calles atestadas de gentes, ora rehúye todo contacto con los demás y pasa en soledad días desesperados,

encerrado en su habitación, que acaba odiando. Así, nunca satisfecho, cambia constantemente de alojamiento, en busca de una paz que no logra alcanzar.

Quizás un amor correspondido y dichoso habría bastado para proporcionarle, al menos, un poco de felicidad, pero el destino no le concedió tal cosa. No se sabe qué obstáculos se interpusieron entre Ludwig y la *amada inmortal*, pero es claro que el desvanecimiento de este sueño debió de representar para Beethoven un adiós definitivo a todo cuanto aún le hacía concebir ilusiones para adherirse a la vida.

Se encuentra verdadera y absolutamente solo frente a los hombres, que lo admiran aunque pocas veces lo comprenden; frente a su enfermedad, que cada día clava en él más profundamente sus garras; pero su soledad mayor se da frente a su propia música. «Del fuego del entusiasmo —explica a Bettina von Arnim— brota la melodía; yo la persigo, trepidante, y logro alcanzarla; pero se me escapa de nuevo, desaparece, se sumerge en el abismo en que se desencadenan las pasiones. La alcanzo una vez más, la aferro, la estrecho con placer; nada puede separarme de ella; la multiplico en modulaciones diversas y, finalmente, triunfo sobre la idea musical.»

Nacida de esta lucha del genio con sus fantasmas, su música, por más que suscitase interés y entusiasmo, dio también lugar a polémicas y controversias. A propósito del estreno del *Fidelio*, la *Gaceta de Leipzig*, como muchos otros diarios, escribió una crítica no excesivamente benévola. «Desde hace

ya tiempo, Beethoven ha sacrificado lo Bello y lo Bueno por lo Nuevo y lo Extraño...», se dice en ella, entre otras cosas. Beethoven, ante la insistencia de algunos buenos amigos, se decide a retocar la partitura. La segunda versión es mejor acogida, pero no se puede decir que afluya gran cantidad de público. La taquilla es escasa, hasta el punto de que Beethoven teme que el administrador del teatro le esté jugando alguna mala pasada. Éste, entonces, le ruega que permita la repetición de la obra, asegurándole que de esta forma «llenará la galería». «¡No escribo para la galería », chilla Beethoven, indignado; y durante ocho años tendrá el *Fidelio* abandonado en un cajón... También de la *Heroica* escribe la *Gaceta* acerbas críticas; en una carta a su editor, Ludwig se limita a comentar: «No he leído la *Gaceta*», y, con más resolución que nunca, continúa escribiendo páginas en las que la voz de la desesperación y la del heroísmo se plasman en acentos de una originalidad desconcertante.

Su trágico destino parece reflejar las famosas y bellísimas palabras de Emmanuel Kant: «La conciencia dentro de ti y el cielo estrellado sobre ti», casi una síntesis de la existencia de este hombre, condenado a una soledad que es su tormento, pero, al mismo tiempo, la medida de su grandeza.

El fin

A LOS cincuenta años, Ludwig se ha vuelto más intratable y desaliñado que nunca.

Su cabeza leonina, bien conocida por todos los vieneses, aparece cada vez con menos frecuencia por las calles de la ciudad; su ancha espalda curvada bajo el eterno gabán oscuro no se deja ver ya entre la gente en la Avenida de los Suspiros. Ahora se busca a sí mismo en los campos, en los bosques, en el juego de las nubes y en la transparencia del cielo. Diariamente recorre a pie los muros de Viena; aprovecha toda ocasión para escapar de la ciudad hacia el campo y los bosques, porque en el silencio de la naturaleza es donde su angustia encuentra sosiego. En la paz por un instante recobrada, su amor a las cosas se hace oración. «Oh, Dios omnipotente, en los bosques me siento feliz; soy dichoso en los bosques; cada árbol habla de Ti! ¡Oh, Dios, qué esplendor! En estos valles, sobre las colinas, hay paz, reina la calma que es necesaria para servirte.»

En los últimos años, no sale de su pobre casa, más que de vez en cuando. Quienes van a visitarlo, lo sorprenden, a veces, atareado entre ollas y cacerolas, luciendo delantal y gorro de dormir. «Es un salvaje», escribe el refinado Goethe. Y el elegante Cherubini define su casa como «una guarida de osos».

Sobre su mesa, entre las tazas, los vasos, las botellas, los candelabros y el busto de Bruto —su héroe preferido—, hay siempre un cuaderno. Es el "cuaderno de conversación"; los visitantes escriben en él cuanto tienen que decirle y Beethoven les contesta oralmente. Hasta los silencios que median entre las frases escritas por sus interlocutores nos hablan del dolor del artista, de su lucha rabiosa por dominar la desolación y el desconsuelo.

No le fue perdonado ni siquiera el tormento de las preocupaciones económicas. «Me veo casi reducido a la mendicidad —escribe en 1818— y, sin embargo, tengo la obligación de mantener un cierto decoro... Es duro tener que trabajar para comer.»

Sobre todo, se afana por sacar adelante, de la mejor manera posible, a su sobrino Karl, huérfano de su hermano del mismo nombre, muerto de tuberculosis. El muchacho le paga su afecto y sacrificios con una ingratitud típicamente juvenil; a las amorosas atenciones de este hombre noble y bueno, opone una conducta a menudo reprobable, exasperándolo con sus deudas y sus malas compañías. La rebeldía del sobrino es otra puñalada en la vida de-

solada de Beethoven, quien, tras haber sido para él como un padre, rodeándolo de todo el afecto de que era capaz su generoso corazón, no puede resignarse a recibir a cambio la más áspera frialdad.

«Me he vuelto más malvado, porque mi tío quería que me hiciese mejor», llega a escribir Karl; es fácil imaginar los sufrimientos que un sobrino así pudo proporcionar a Ludwig.

En 1825, dos años antes de la muerte, presiente ya claramente su fin. Nacido el 16 de diciembre de 1770, tiene sólo cincuenta y cinco años, pero su organismo está minado; sufre continuamente de terribles dolores de estómago y de vientre, y las hemorragias se hacen cada vez más frecuentes. Es por entonces cuando escribe a su sobrino: «Mi debilidad llega a menudo hasta el límite... El hombre de la guadaña no tardará en venir». La guadaña lo alcanza el 26 de marzo de 1827, después de tres meses de sufrimientos inenarrables.

Sin embargo, su muerte es serena: su famosa máscara mortuoria presenta un semblante marcado por una paz sobrehumana. El sacrificio está enteramente consumado. Bajo su frente inmensa, parece latir aún aquella ansia de amor y de grandeza que inspiró a Beethoven una frase inolvidable, que define la finalidad de su vida, y en la que reside el secreto de su nobleza como hombre y como artista: «¡Sacrifica, sacrifica siempre las trivialidades de la vida a tu arte! ¡Dios sobre todo!»

Historia de la Música
dirigida por
Eduardo Rescigno

Título original
Storia della Musica

Edición original
© Fratelli Fabbri Editore, Milán, 1964

Edición en castellano
© Editorial Codex, Buenos Aires, 1965
© In Octavo, 2026

Revisión, adaptación y edición digital
© In Octavo, 2026